

los relatos de calibre 38



JUDÍAS CON QUESO AZUL

© José Montero Muñoz

—¡No, mamá!, no intentes hablar... Te lo tengo dicho, no quiero que hagas eso.

—¡Mmmm!

—¡Dios, mamá. Ya sabes que no me gusta que hagas tus cosas!, ¿cuándo vas a aprender que no se puede hablar con una mordaza en la boca? Siempre haces lo mismo, y no lo entiendo, eres tonta, mamá, porque te lo digo una y otra vez, y parece que no quieres comprenderlo. Si tienes la boca tapada no puedo entenderte... con claridad, como mucho gimoteas como una recién nacida.

—¡Mmmm!

—Vale, vale... Mira, mamá, vamos a hacer una cosa, si me prometes que no gritarás te quito el trapo de la boca, ¿vale? Tú sabes mejor que nadie que soy incapaz de matar a una mosca. Sí,

mamá, no me mires así, con esos ojos, como si no me conocieras. No, mamá, no. No me gusta esa mirada, así pensaré que no crees en lo que te digo y no te podré ayudar. Ya sé, ya sé; me dirás lo de siempre: “que soy un mal hijo, que te dejo sola mucho tiempo...” Pero, mamá, tú deberías saber mejor que nadie que soy un hombre muy ocupado, y que no puedo visitarte tanto como yo desearía, además, quién mejor que tú, mi madre, para poder comprender que su hijito no puede venir porque, primero, estás donde Cristo perdió la alpargata, segundo, estoy más liado que la sandalia de un romano, y tercero, que por eso, no menos importante; cuando vengo a verte nunca me haces mis judías con queso azul. ¡Y sabes, muy bien, mamá, que me revienta que no me las hagas!, a mí, a tu ojito derecho, a tu consentido.

—¡Mmmm!

—¡La puta, mamá!, no llores, por favor; que no lo soporto de verdad. Mami, no le hagas esto a tu cosita preciosa, ¿sí? Que lo único que quiero es que me prepares mis judías con queso azul. ¡Dios!, nadie las hace mejor que tú, mamá. Mira que Julia era

buena, una cocinera estupenda. ¿Qué no te acuerdas de Julia? Mamá, no seas así, por favor. Julia, sí, mamá... te la presenté hace tiempo, ¿no te acuerdas de ella? De pelo negro, muy guapa, una mujer de bandera, bueno, como las de antes. De esas mujeres que cuando pasas sólo puedes girarte y rezar para que no haya una maldita farola en tu camino. Sí, mamá, no seas tonta. Me acuerdo perfectamente, te la presenté, hará unos tres meses, seguro. Bueno, seguro, seguro no estoy, pero me jugaría el cuello que vine con ella. Sí, de eso estoy segurísimo; porque las traigo a todas aquí. ¡No llores más, mamá!, al final me obligarás a hacer algo que no quiero. Eso me gusta más, mami; sin llorar estás mucho más guapa. ¿Qué has dicho?

—¡Mmmm!

—¿Quieres que te quite el trapo? Ya te lo he dicho..., mamá, sólo si te portas bien lo haré. ¿¡Ves lo que me haces, mamá!?, ¿lo ves? No, ahora no pongas cara de que no has roto un plato, no. Eres mala, mamá; siempre que te hablo de otra mujer me haces lo mismo. Pones mala cara, te haces la despistada, que no sabes muy

bien de qué te hablo. Pues te diré, mamá, que no me gusta lo que haces, y me estoy cansando. Sí, no te sorprendas. ¡Ya me tienes harto!, un día de estos me voy a ir y no pienso volver nunca más. ¿Qué no me crees, mamá? Bueno, bueno, no me importa. Tú me vas a echar más de menos a mí que yo a ti, eso lo sé. ¿Quieres que te siga hablando de Julia o prefieres que hablemos de Tatiana, de Rebeca, de Patricia...? ¿Qué no tienes ni idea de quiénes son? Mamá, eres incorregible. Te las traje para que las conocieras, chicas estupendas, guapísimas. ¿Ya no te acuerdas? No, está bien, está bien... Tampoco pasa nada, mamá. Yo sí que me acuerdo de ellas, y de sus platos. Pero te diré ahora que no nos oyen, ni punto de comparación contigo, mami. Tú eres mi diosa en la cocina. ¡Dios, mamá!, tus judías con queso azul son insuperables. ¿Qué?, ¿que quieres decirme algo? Claro, mamá. Ahora mismo te quito eso de la boca, pero tienes que prometerme primero que no gritarás... Aunque tampoco importa mucho, ¡jajaja!, aquí no puede oírte nadie...

—¡Yo, no soy tu madre..., imbécil! ¿¡Estás locooo!?

Suéltame tarado...

—Mira, mamá, no quiero volver a taparte la boca. No me gustaría nada tener que ser malo contigo, pero si sigues insultándome, tu niño se portará muy mal con mami, y eso no lo queremos, ¿verdad?

—Lo siento, discúlpame, por favor... Sin embargo, me gustaría decirte una cosita... Te puedes acercar, por favor: ¡¡YO NO SOY TU MADRE!! ¡Soy Sabela...! ¡¡¡¿NO LO ENTIENDES, ANORMAL?!!!

—Mamá, no me gusta que me hables así... Lo ves, me has obligado, yo no quería darte esa bofetada, pero no pienso permitir que sigas humillándome. Y te advierto, que si vuelves a ofenderme te volveré a tapar la boca y aquí paz y después gloria. Y los dos sabemos que eso haré, sin remordimientos, sin pensarlo mucho. No quiero ser un mal hijo, pero tampoco pienso permitir que me faltes el respeto, que me trates como a una basura. No, mamá. No pienso permitirlo... ¿Me has entendido?

—Sí, muy bien, hijo. Te he comprendido perfectamente...

¿Y qué quieres que te prepare para comer?

—¡Dios, mamá! De verdad, el alzhéimer te está atacando, ¿no? Llevo media hora explicándote que quiero que me prepares lo de siempre: mis judías con queso azul. Pero por lo que veo, hablar contigo es lo mismo que hablar con la pared. Te lo recordaré una vez más: ¡QUI-E-RO QUE ME CO-CI-NES MIS JU-DÍAS CON QUE-SO A-ZUL!, ¿me has escuchado?, o tengo que volver a repetírtelo otra vez para que todo Cristo se entere.

—No, no hace falta que lo vuelvas a repetir. Me ha quedado muy claro.

—Me alegro mami. Ya sabía yo que al menos el oído te funcionaba bien. Además, lo de tu cabeza puedo llegar a comprenderlo, la edad. Y con ella ya se sabe, las cabecitas ya no son las que eran; pero qué te voy a contar yo a ti, mami, si tú me has visto crecer. Yo debería preguntarte a ti y aprender...

—Claro, mi niño. Pero tenemos dos problemas. El primero, que atada como me tienes no podré prepararte las judías con queso azul y, el segundo, que no recuerdo muy bien cómo se

preparan. Ya sabes, hijo... La memoria de tu madre ya no es la que era.

—¡Ahhh...!, por eso ni te preocupes, mamá. Que yo te hago memoria, faltaría más. Y lo de soltarte, bueno, mami, no sé, no sé. Porque me parece que estás un poco rebelde hoy, y si te suelto lo más seguro es que te vayas corriendo. Aunque como ya te he dicho, no vive nadie en kilómetros a la redonda; Sin mencionar, que no sabes ni dónde estás, ni cómo marcharte de aquí... Además, no olvides, que tengo algo preparado para ti por si a tu mente enferma se le ocurre intentar escapar de la cocina. No, no, no. Sería una muy mala idea, sí; malísima...

—No, hijito..., ¿¡escaparme de la cocina!? No cielito, hablaba por hablar, ya sabes cómo es tu mami... ¡Dame la receta... bebito de mamá!

—Claro, mami. Lo primero es calentar el aceite a fuego suave en una cazuela de barro; después tienes que raspar, lavar y partir las dos zanahorias en dados; algo que tu niñito hará por ti, no quiero que mami se corte, no, eso no. Lo mismo haremos,

bueno, haré con el pimiento; lo lavaré y lo cortaré también a dados, quitando las semillas. Las judías las despuntaré, las lavaré y después las cortaré a dos centímetros más o menos. Cuando el aceite esté humeante, pondremos, porque yo te ayudaré, que no quiero que te quemes, las verduras en la cazuela. Las dejaremos un rato hasta que las judías se ablanden un poco. Luego, añadiré un vaso de agua hirviendo, y moveremos el contenido. Ya te tendré preparado, como así es, unos ajos pelados y picados listos para el mortero. Añadiremos el perejil y la sal para sazonar las verduras; esto lo haremos al gusto, o sea, al mío, así que, por favor, no eches mucha sal. Debemos, esto lo haré yo, majar en el mortero los ajos hasta conseguir una pasta uniforme. A lo que le añadiré un poco de agua de las verduras; lo removeré un poco y lo echaré en la cazuela. Lo removeremos para que los sabores se mezclen, y lo más importante, lo pondremos a fuego lento, hasta que el caldo se seque y las verduras estén tiernas. Pondremos 150 g de queso azul y medio vaso de leche en un cazo, y lo llevaremos al fuego. Recuerda que tiene que estar con poca llama, y debemos

removerlo hasta que el queso se funda. Una vez fundido el queso, lo distribuiremos por encima de las judías. Dejaremos algunos minutos, y después apagaremos el fuego y podremos comer.

—Hijo mío, podría hacerte otra cosa. Las judías con queso azul no sé si me saldrán como las de antes, mejor te preparo un pollito al chilindrón... ¿sí?

—¡Cállate, mamá! Ya me han dicho muchas veces lo mismo, que soy buena en esto, que soy buena en aquello... No, mamá, tú sabes que ése es mi plato favorito, que yo sólo quiero que me hagas mis judías con queso azul... No me apetece comer otra cosa.

—Está bien, está bien... tampoco hace falta que te pongas nervioso. Sólo espero que salgan como tú quieres, mi niño...

—Ahora te voy a soltar, y ya sabes, cuidadito con lo que haces, mamá. No me gustaría tener que golpearte otra vez.

—Tranquilo, hijito, que no intentaré escapar.

—Así me gusta mami, que seas comprensiva y que me mimes un poco. Ves como las cosas van bien cuando me haces

caso. Tan sólo te pido que sea una mami buena, y que me hagas mis judías, sólo eso.

—Yo te las hago, tú lo sabes, sólo espero que estén a tu gusto.

—Bueno, mamá. Ya sabes lo que pasará si no están a mi gusto...

—No, y qué pasará si no están al gusto del señorito...
¡¡Dímelo, hijo de...!!

—¿¡Ya estamos otra vez la desunión!?, ¿no puedes controlarte? ¡Dios!, eres como todas las demás, siempre gritando, siempre insultándome. ¿Crees que a mí me gusta golpearte?, ¿crees que yo disfruto haciendo esto? No, mamá, no. Ni siquiera tú puedes comprender mi dolor, mi insatisfacción al volver a casa, y pedirte mis judías y que no me las hagas como a mí me gustan. No, mamá; eso no puedo permitirlo, no me gusta y por eso mami, si no lo haces bien, como a mí me gusta tendré que hacerte mucho daño. Aunque no quiera, me veré obligado a hacerlo.

—¡Estás loco, completamente loco! ¡Suéltame, colgado de

mierda! ¡Déjame ir...!

—No, mamá. Lo primero, ¡TE CALLAS!; lo segundo, me preparas mis judías con queso azul, y lo tercero no quiero oírte llorar, porque tú te lo has buscado.

—Está bien, niño de mamá. Te haré tus judías, pero primero necesito echarme un poco de agua en la cara para quitarme este sabor a sangre.

—No te preocupes por la sangre mami. Que no creo que te impida cocinar. Ahí te he dejado la cazuela de barro y los demás ingredientes. Espero que no te moleste que no deje a tu alcance ningún cuchillo, como bien sabes, son peligrosos, y mejor que no los tengas cerca de ti. ¿No crees, mamá?

—Claro, claro... ahora mismo lo hacemos, cariñito.

—Mami, ya no quiero esperar más... me apetece comer.

—Ya está, ya está... pongo la mesa y comemos...

—¡Ves!, siempre pasa lo mismo. Tengo la mayor de las ilusiones y siempre ocurre lo mismo. Ninguna, mamá, ninguna puede hacerme algo tan sencillo como unas judías con queso azul.

¿Tú crees que pido tanto? Además, fue mala conmigo. Intentó escapar, y claro me vi forzado a hacerle daño. Ya sabes, mamá, son las reglas. No pude hacer otra cosa... ¿cómo podría haberla dejado huir? Imposible mami, sabía demasiado. Conocía nuestro secreto, ¿qué soy un mal hijo? No seas tan dura conmigo, mamá; todo lo que hago, lo hago por nosotros. Ahora me toca sacarla y enterrarla cerca de la olivera. ¿Qué olivera? Mamá, ¿ya no te acuerdas?, la que sembró el bisabuelo, todas las demás han encontrado la paz bajo su sombra, y Sabela no será menos. ¿No crees que así podrán hablar de sus platos? Debo dejarte, mami... ¡Mira la hora que es...! Se me está haciendo muy tarde, bueno mami, ya te haré otra visita dentro de poco. ¡Dios!, ¿cuándo encontraré a una mujer como tú? Rezo para que eso pase y me pueda preparar unas judías con queso azul como las tuyas. Adiós, mami, cuídate mucho. Te quiero.

José Montero Muñoz, nacido en Alicante el 15 de septiembre de 1973 y Licenciado en Filología Hispana por la Universidad de Alicante, ha publicado relatos en revistas como, entre otras, Gangsterera o Forjadores, dedicadas algunas de ellas a la ciencia ficción. Ha publicado cuentos en antologías de corte negro como Cosecha Negra y Aquemarropa. Ahora está ultimando una novela, también de corte negro, titulada Tambores de guerra en mi cerebro.